

El peligro de repetir una anécdota se halla en creerla oriunda de la tierra en que se ha contado o adobado, o en la admiración o el desdén hacia un personaje que le ha dado carta de legitimidad. Así, por ejemplo, hay una atribuida a un virrey de Nueva España, el Segundo Conde de Revillagigedo —aquella de la viuda que pretendía rescatar sus joyas dadas en prenda— que aparece relatada en el *Museo Mexicano* de mediados del siglo XIX y que los promulgadores de las grandezas del dictador Justo Rufino Barrios no tuvieron mínimo empacho para convertirla en flor de su guirnalda. Ha ocurrido en otras ocasiones una transculturización de la anécdota: la inventada por Ricardo Palma sobre fray Gómez, el del alacrán de piedras preciosas, y que ha repetido otro escritor de otro país americano, sin superar la gracia encantadora con que relata el peruano, quien fué gran inventor con patente de anécdotas coloniales; quiere decir que lo que salvó a éstas fué el ingenio del insigne escritor para arrancarlas del papel viejo y reanimarlas con su mágico estilo.

Sin embargo, los anecdotarios como el de Fernández Mora, cuya aparición coincide con el del profesor Raudales, tienen innegable mérito: el de atraer la atención de los lectores hacia el mundo de la historia, que siempre es nuevo mundo. Y este es motivo para felicitarles.

Ha podido el profesor Raudales salvar del olvido algunos episodios y acaeceres de la historia hondureña, así como versos anónimos del tiempo pasado y sucedidos en que son protagonistas varios funcionarios públicos, educadores o simples personajes de vida momentánea.

RUBÉN DARÍO (hijo), *La amargura de la Patagonia*.—Buenos Aires, Editorial Nova, 1950, 315 pp.

Como si fuera invitación al advenimiento de un alba nueva, que ilumine la felicidad de los argentinos que viven en Patagonia; sobre todo, los que en ella trabajan la tierra, apareció este libro como un toque de alarma en pro de la reivindicación económica de una tierra que, a la distancia, ha ofrecido un falso espejismo a los geógrafos y a los emigrantes optimistas.

Darío (hijo) ha residido algún tiempo en la Argentina, y no en vano. Leyendo esta novela se puede llegar a la conclusión de que ha recogido informaciones de primera mano en el país austral, conversando

con los desheredados y, como buen médico que cumple con su deber y da testimonios de ellos como escritor, después de auscultarlos ha precisado el hondo latido de sus inquietudes, en un medio que sigue siendo tan hostil al hombre como el que salió al encuentro de los compañeros de Magallanes.

La lectura del libro seduce desde que se presentan los tres primeros emigrantes que salieron en busca de fortuna hacia la Patagonia. Uno de ellos entró por la ruta de Ceará, Brasil, y se cambió el nombre hasta convertirse en el verdadero potentado, señor feudal de la Patagonia, llamado por todos el "taita", ante quien se fueron rindiendo los sobornables que llegaban de Buenos Aires a investigar en torno a rumores de que hay algo podrido en aquel extremo de América. Es la misma historia de otras oligarquías rurales en otros países hispanoamericanos, que han podido adueñarse, por arte diabólico, de las riquezas naturales que el terrígeno no ha sabido trabajar y gozar, doblegando por medio del soborno (coima) y la trácala, corrompiendo con el agasajo y utilizando al periódico local para el mejor logro de sus ambiciones de dominio.

El personaje de la novela es un clan constituido por un ex Jaime Abreu, más tarde Jaime Valle o Damián Trejos, un ex Edouard Bidonart y el comisario Allende, director de *El Eco*. El pueblo de Ponzal era la sede de aquella cofradía de malvados que, por medio de "Don Truco" —materia prima para novela picaresca—, manejaba títeres humanos y aceitaba muy bien las valvas del gran pulpo; un hombre ignorante, pero con unas mañas diabólicas que se extendieron hacia los cuatro rumbos cardinales.

El autor describe muy bien, sin abuso de la descripción; mueve los diálogos en atmósfera natural —poniendo a veces tiradas líricas en labios de ignoraros— y no abusando de las palabras vernáculas, como ocurre con otros novelistas hispanoamericanos, de modo que se le puede entender sin la ayuda del vocabulario en el apéndice.

La descripción de un juego de gallos (p. 97) o de un viaje por la precordillera en la época de la nieve y el frío intenso (pp. 129-168), son quizá los mejores pasajes del libro.

En aquella lucha de hombres voraces, forasteros, contra los terrigenas, juegan papel importante las lanas patagónicas y las tierras fiscales. El médico Olaf Ferlstad se impone por su personalidad rectilínea, insobornable, y por su afán de servir a los que no tienen cómo pagarle honorarios; un contraste frente a la pandilla canalla que se había adue-

ñado de la tierras de Poncial y había extendido su poder más allá del territorio.

Al final de la novela surge la invitación a remediar aquel caos: un hombre a quien no se puede quebrantar con dádivas, el español Celestino Gómez Feijóo naturalizado argentino, a quien el Ministerio de Agricultura comisiona para que haga una investigación severa sobre los hechos delictuosos que en la infortunada tierra nadie había podido detener. Con él y su triunfo debió haber cerrado el libro, ya que, después de su asesinato, lo que se abre es un paréntesis de esperanza en busca del "alba nueva" de reivindicación de lo argentino. Es lo mismo que han llevado a cabo algunos de los pueblos subyugados por la iniquidad creada por el dinero que de afuera llegó, y que muchos siguen esperando, a pesar de los pesimismos.

RAFAEL HELIODORO VALLE,  
Washington, D. C.

WILSON MARTINS, *A Crítica Literária no Brasil*. (Prêmio Adhemar de Barros). São Paulo. Departamento de Cultura, 1952. 154 pp. Cr. \$ 40

É este o primeiro livro de fôlego sobre a crítica literária no Brasil; para felicidade do leitor, é também obra de alta qualidade. Professor da Universidade do Paraná, o sr. Wilson Martins dedicou-se a longas — e às vezes fastidiosas — leituras, analisou, comparou e saiu com este estudo histórico e interpretativo. Passadas em revista as várias classificações de críticos já apresentadas, o autor rejeita-as todas para adotar um agrupamento por famílias espirituais. Distingue as seguintes: a gramatical, a humanística, a histórica, a sociológica, a impressionista e a estética. Para não deixar dúvidas sobre o sentido que atribui cada uma dessas palavras, o autor as define com cuidado. Frisa, aliás, que não há crítico que seja exclusivamente de um grupo ou de outro; a classificação serve para indicar qualidades mestras, não a complexa realidade.

Depois de traçar a concepção crítica de cada grupo, o senhor Martins estuda com citações e pormenores a obra dos representantes mais significativos, apenas mencionando ou deixando inteiramente na sombra as figuras menores. Dá a preferência à linhagem estética por ela se aproximar mais que as outras do ideal da verdadeira crítica literária, além